



**15ª DISERTACION
EN MEMORIA
DE McDOUGALL**

Jean Mayer

Presidente, Universidad Tufts, EE.UU.

**Roma,
9 de noviembre de 1987**

**Organización de las Naciones Unidas
para la Agricultura y la Alimentación**

**15ª DISERTACION
EN MEMORIA
DE McDOUGALL**

Jean Mayer

Presidente, Universidad Tufts, EE.UU.

**Roma,
9 de noviembre de 1987**

**Organización de las Naciones Unidas
para la Agricultura y la Alimentación**

Señor Presidente,

Señor Director General,

Señores Ministros y Delegados:

La invitación a pronunciar la Disertación en memoria de MacDougall es para mí un gran honor y también un placer especial. Frank MacDougall fue amigo y colega de mi padre, André Mayer, en los años entre las dos guerras mundiales. Stanley Bruce era el Alto Comisionado de Australia en Londres, y su

asesor económico era MacDougall. Este conocía los estudios sobre la nutrición, en los que se vinculaban el salario mínimo, el empleo, la nutrición y la salud, que habían dirigido mi padre en Francia, Lord Boyd-Orr en Escocia y Hazel Stiebeling en los Estados Unidos. Fue la exposición hecha por MacDougall de esos estudios lo que incitó Bruce a oponerse a las restricciones a la producción de alimentos en los peores momentos de la Gran Depresión. Sus relaciones con mi padre y con otros miembros de aquel pequeño grupo internacional de economistas, fisiólogos y nutricionistas fueron un acicate para la dedicación de MacDougall durante toda su vida a la causa de la alimentación en el mundo. En 1943 yo me encontraba en el frente, en Africa del Norte y luego en Italia, pero más tarde, a través de mi padre, me enteré del memorandum de McDougall en el que se proponía el establecimiento de una organización

internacional para hacer realidad el compromiso de liberar al mundo del hambre, proclamado por el Presidente Roosevelt; de sus gestiones ante Eleanor Roosevelt y, a través de ella, ante el Presidente; y de la Conferencia de Hot Springs que en cierto modo representó el nacimiento de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación.

Fue para mí un motivo especial de orgullo trabajar en la FAO en sus primeros años y participar en la promulgación de las primeras cifras internacionales sobre necesidades calóricas y proteínicas.

También me siento orgulloso de haber tenido la oportunidad de encontrarme varias veces con Frank MacDougall. Parece apropiado comenzar esta disertación con la frase, tan citada, que pronunció en 1935 y que sigue

siendo válida: "sería un fracaso de los estadistas si resultara imposible aplicar el inmenso potencial productivo de la agricultura moderna a la gran necesidad insatisfecha de alimentos de gran valor nutritivo."

En un pasado más cercano, concretamente hace trece años, yo me desplazaba frecuentemente a Roma como miembro de un grupo encargado de preparar la Conferencia Mundial de la Alimentación de 1974, que muchos de ustedes recordarán. Todos aquí conservan una memoria vívida de las razones que la motivaron. Durante los años cincuenta y sesenta, la producción mundial de alimentos se había visto superada por el crecimiento demográfico. En 1972 el mundo llegó súbitamente a un punto de ruptura en la historia de la ecuación alimentos-población. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, hubo cosechas deficientes en cuatro zonas productoras principales: la Unión Soviética, China, el subcontinente

indio y el Sahel. Grandes ventas para cubrir ese déficit efectuadas en los Estados Unidos (de las que, dicho sea de paso, las autoridades de este país no se enteraron hasta después de realizadas) agotaron las reservas de emergencia. Al mismo tiempo, el aumento de los precios del petróleo en 1972, y de nuevo en 1973, dejó a grandes zonas del mundo en desarrollo sin combustible para las faenas agrícolas y sin fertilizantes. De repente, la reserva mundial de cereales experimentó una reducción de 60 millones de toneladas. Cuando la Conferencia se reunió en 1974, la familia mundial tenía sólo alimentos para 20 días. En muchas zonas del subcontinente indio no había prácticamente nada que comer, como tampoco en el Sahel, pero la falta de organización y las grandes dificultades del transporte no permitían llevar los alimentos adonde se necesitaban.

Hoy, cuando nos separan trece años del inicio de un nuevo siglo, la situación alimentaria global se ha alterado de nuevo.

En 1988 las existencias mundiales equivaldrán a un 23 por ciento, aproximadamente, del consumo. Un reciente artículo sobre temas económicos en un periódico de Boston llevaba por título: "Aumenta la saturación de excedentes alimentarios". En el Medio Oeste de los Estados Unidos los silos están llenos. A veces es necesario almacenar los cereales en las escuelas. La Revolución Verde (que al principio benefició a América del Norte y a Europa) se ha afirmado ahora en Asia y en algunas partes de América Latina.

Nos encontramos en una situación en el que India, China, Pakistán y México, entre otros países, ofrecen asistencia técnica y comparten los resultados de la investigación agrícola con países menos avanzados en el sector.

Actualmente se producen en el mundo suficientes alimentos para nutrir adecuadamente a todos sus habitantes, si se distribuyeran equitativamente, (pero se condenaría así a los campesinos de los países pobres a una pobreza eterna). Podríamos alimentar a otros miles de millones si los países ricos y la población rica de los países pobres redujeran su consumo de carne. Ello probablemente reduciría también la muerte por enfermedades cardiovasculares. Sin embargo, no hemos avanzado mucho en la aplicación de la decisión de la Conferencia Mundial de la Alimentación, según la cual a mediados del decenio de 1980 ningún niño debía ir a la cama con hambre. El porcentaje de personas hambrientas es menor que en 1974 pero, debido al aumento de la población mundial, su número absoluto es mayor.

La "inanición" es, por desgracia, muy fácil de identificar; el concepto de "hambre" es

algo más vago y el de "malnutrición" aún más indefinido. Por lo que se refiere al hambre, tanto el Banco Mundial como la FAO parte de la hipótesis de que suficiente energía supone suficientes proteínas (y quizás otros nutrientes). El Banco Mundial usa como criterio el 90 y el 80 por ciento de las necesidades de energía fijadas por la FAO/OMS, según los países concretos. La FAO usa la tasa del metabolismo basal, es decir, la tasa de consumo de energía de una persona en ayunas y en reposo, a fin de calcular lo que se necesita para su mantenimiento. En su estimación del número de personas que crónicamente carecen de los alimentos necesarios para llevar y disfrutar una vida activa y sana, la cifra del Banco Mundial es de 730 millones, y la de la FAO de 512 millones. Usando una definición más estricta del hambre, la FAO da para el número de personas próximas a la línea de supervivencia en 1985 la cifra de 348 millones, lo que representa un aumento

con respecto a los 320 millones de 1980 y los 316 millones de 1970. Cualquiera que sea la estimación, el total es terrible.

Entre 1970 y 1980 un millón y medio de personas se sumaron cada año a la lista de la población hambrienta. Luego, a medida que la economía mundial empeoró y la inflación y la deuda aumentaron en los países en desarrollo, la cifra aumentó a ocho millones anuales.

Las estadísticas nos ayudarán al análisis, la planificación y la acción correctiva.

Pero debemos recordar también que la cifra representa 40 millones de personas y que un número muy elevado son niños. Además, incluso cuando un balance alimentario parece adecuado, pueden darse casos de malnutrición aguda en países o en hogares si los alimentos no se dividen de modo apropiado.

La malnutrición es la falta de cantidades suficientes de uno o más nutrientes en la

dieta. Puede darse incluso cuando las calorías y las proteínas son suficientes. Los lactantes, los niños pequeños y las mujeres embarazadas y lactantes son las categorías que más en peligro se encuentran, debido a que sus necesidades de varias vitaminas y minerales son mayores. Por ejemplo, unos 250 000 niños quedan ciegos cada año a causa de la xeroftalmía, debida a una deficiencia de Vitamina A. Esa condición puede invertirse fácilmente en las primeras fases mediante alimentos vegetales ricos en beta-caroteno, precursor de la vitamina A, o mediante suplementos de vitamina A dos veces al año, con un costo de algunos centavos por niño.

El bocio y el cretinismo persisten en varias zonas de gran altitud lejos del mar. La deficiencia de yodo se ha identificado como la principal causa de ambas afecciones - en el caso del cretinismo, la deficiencia precede al embarazo - y varios cientos de miles de

personas en todo el mundo sufren una cierta carencia de yodo. También en este caso, con un costo insignificante puede añadirse yodo a los alimentos (sal yodada, por ejemplo). Con aceite, puede inyectarse o suministrarse oralmente. La ingestión oral es más barata, pero incluso las inyecciones cada tres a cinco años, cuestan sólo 7 centavos anuales por persona.

La deficiencia de hierro afecta a las mujeres en edad fértil en todo el mundo. El UNICEF estima que aproximadamente la mitad de las mujeres de los países en desarrollo padecen de anemia causada por la deficiencia de hierro. Esa anemia mina la energía de las que trabajan, y nadie en los países en desarrollo trabaja más que ellas. Además, priva a los fetos en crecimiento del hierro necesario para la formación de los glóbulos rojos en la sangre. En los hogares donde los

hombres y los muchachos mayores reciben habitualmente los mejores alimentos, sobre todo carne rica en hierro, las mujeres y los niños pequeños sufren tal vez de anemia crónica.

En las zonas donde los cereales pobres en proteínas son los alimentos básicos, los niños pequeños que no pueden consumir un volumen suficiente, tal vez sufran de deficiencias proteínicas, incluso cuando las calorías son suficientes. En las zonas donde el alimento básico es la yuca o la papa, habrá una gran insuficiencia de proteínas. Ello es menos probable en zonas donde se consume mijo, arroz, y sobre todo trigo, ya que esos cereales son ricos en proteínas de buena calidad. Para los niños pequeños puede ser un problema la capacidad de consumir suficiente arroz, problema que los niños mayores no tendrán. La nutrición no debe ser simplemente un conjunto de medidas que se ponen en

práctica en forma episódica después de comprobar que existen deficiencias. Debe ser también la base para planificar la producción agrícola y el consumo de alimentos, y representa pues un elemento crucial para la elaboración de planes a largo plazo.

Algunos aspectos de la situación alimentaria actual recuerdan la de los años treinta. El hundimiento económico mundial de finales del decenio de 1920 acarrió el hundimiento del sector agrícola en los primeros años treinta. En los Estados Unidos había al mismo tiempo cocinas para repartir sopa a la población y excedentes alimentarios. Hoy podemos repetir las palabras de Stanley Bruce en la Conferencia Monetaria y Económica Mundial de 1933: "Si lo mejor que puede hacerse en un mundo empobrecido es restringir la producción de alimentos y otros artículos necesarios para la vida ... el sistema político y económico está abocado al desastre."

Naturalmente, hay grandes diferencias entre la situación de antes de la segunda guerra mundial y la de ahora. Actualmente hay excedentes en casi todas las zonas productivas. En 1932 quizás habría tenido sentido repetir "pobres siempre tendréis con vosotros". Por el contrario, en 1987 hemos aprendido a multiplicar los panes y los peces para que todos puedan comer y saciarse. Si no se producen grandes cambios en el clima, los países productores de alimentos pueden mantener de modo permanente al resto del mundo con su socorro alimentario. Esa no es la verdadera solución. La comunidad mundial tiene, o está adquiriendo, conocimientos suficientes en los sectores de la agricultura, la alimentación y la nutrición, la salud, las comunicaciones, el transporte y la tecnología para que todas las personas, en cualquier parte, produzcan sus propios alimentos, siempre que pueda estabilizarse la población mundial en un futuro próximo.

Sin embargo, también sabemos que nos enfrentamos con un problema que no preocupaba a Bruce, a Frank McDougall y a André Mayer: un medio sumamente frágil que sufre muchos tipos de estrés, uno de los cuales, y no el menor, son las prácticas agrícolas en todo el mundo. En efecto, incluso cuando se celebró la Conferencia Mundial de la Alimentación, la comunidad científica apenas tenía conciencia de que los cuatro grandes ecosistemas del mundo - tierras de cultivo, pastizales, bosques y pesquerías - habían alcanzado o quizás habían superado ya su capacidad de carga.

Asimismo, cuando se celebró la primera Conferencia Mundial de la Alimentación una Revolución Verde, impulsada por la energía del petróleo, era la única arma que poseíamos para combatir el hambre. Esa arma ha funcionado bien en Europa, América del Norte y

Asia, y hasta cierto punto en América Latina, excepto donde existen disturbios civiles o desigualdades sociales enormes. Pero la Revolución Verde, tal como existe hoy, requiere una gran densidad de energía, fertilizantes y agua (y de capital para los pequeños agricultores). No puede realizarse en todas partes ni proseguir indefinidamente sin agotar los recursos y degradar aún más los cuatro ecosistemas de los que dependen nuestro suministro de alimentos. La agricultura del futuro - y ese futuro no está muy lejos - debe ser menos pródiga.

En las zonas tropicales, y sobre todo en Africa, la agricultura ha prosperado mucho menos que en otras partes. Una razón fundamental es que sólo se ha realizado una investigación intensiva sobre los cultivos de subsistencia de la agricultura tropical en

los últimos 10 ó 15 años. La diversidad de suelos, tipos de terreno y clima en Africa lleva aparejada la diversidad de métodos agrícolas y organizaciones sociales. Otra razón, incluso más importante, es que la revolución agrícola iniciada en el resto del mundo presupone una nueva infraestructura social, económica y física. Esa infraestructura debe poder soportar una agricultura orientada hacia los mercados y una población capaz de comprar los alimentos que se producen. En breve, la Revolución Verde social y empresarial, además de tecnológica.

Aunque la ingeniería genética llegara a reducir progresivamente sus grandes necesidades actuales de energía, agua y productos químicos, las necesidades de la sociedad seguirían siendo las mismas. Además de un gran mercado, los agricultores necesitan carreteras y ferrocarriles para llevar los insumos a las explotaciones y los productos a los

mercados. Necesitarán camiones y maquinaria agrícola pequeña, aunque es fundamental en países donde la fuerza de trabajo está aumentando mucho, que la agricultura no se mecanice con demasiada rapidez. Tanto las nuevas semillas como los suelos agotados, necesitan grandes cantidades de fertilizantes. Las semillas de gran rendimiento necesitan mucha agua, lo cual entraña nuevos regadíos. Unas condiciones más favorables de crecimiento requieren más herbicidas, insecticidas y plaguicidas antes de la cosecha, y también como insecticidas, funguicidas, rodenticidas e instalaciones de almacenamiento después. El mejor medio de aumentar rápidamente las disponibilidades de alimentos sería idear instalaciones para salvaguardar del 30 al 50 por ciento de los cultivos que se destruyen antes de llegar al mercado. Todo ello supone el paso de un sistema de compras en efectivo o de trueque a una economía monetaria y el establecimiento de servicios locales de

crédito. Para los pequeños agricultores será esencial formar cooperativas a fin de obtener mejores condiciones de crédito y de compra y asegurar una cierta especialización del trabajo. Naturalmente, alguien debe administrar las cooperativas.

Por último, como contrapartida a los productores de alimentos debe haber consumidores. Es necesario organizar canales de distribución y medios de transporte. Los precios deben ser suficientes para incitar a los agricultores a aumentar su producción, pero lo bastante bajos para que los sectores no agrícolas de la población, los cuales aumentarán a medida que la agricultura sea más productiva, puedan tener una dieta nutritiva. Ello supone un desarrollo paralelo en otros sectores de la economía. Tiene sentido para crear primero puestos de trabajo estableciendo empresas que contribuyan a apoyar y aumentar la producción agrícola,

por ejemplo, fábricas de maquinaria agrícola pequeña y sencilla, plantas de fertilizantes, pequeñas instalaciones de elaboración de alimentos, etc. Pueden encontrarse ejemplos de desarrollo con éxito, compatible con una variedad de ideologías sociopolíticas, mientras existan condiciones apropiadas de educación, haya crédito disponible y las facultades de control y decisión se ejerzan a nivel local.

Sin embargo, ello no se logra de la noche a la mañana. En Africa, para impedir que ocurran otros desastres como el hambre de 1972-73 y 1984-86, será necesario continuar prestando socorro alimentario a algunos países. Ese socorro puede durar en algunos casos hasta 15 a 20 años. Pero es preciso actuar con mucho cuidado. Las importaciones de alimentos no deben competir con la producción local ni debilitar las industrias agrícolas que intentan abrirse camino.

Además, existe el sistema de apoyo a largo plazo, que es absolutamente necesario. La investigación y el desarrollo agrícolas y una buena red de servicios de extensión son decisivos para la evolución de una agricultura fuerte y diversificada. En el concepto de "investigación y desarrollo agrícolas" desearía incluir la investigación y los servicios veterinarios y la promoción de la acuicultura. Hasta ahora ésta no ha realizado su potencial. Africa, en particular, tiene muy poca tradición piscícola y podría beneficiarse mucho de la introducción de una fuente abundante de proteínas animales de gran calidad. También debería intensificarse la investigación sobre los cultivos de subsistencia y sobre los destinados a cubrir las tierras en la zona saheliana. Estos cultivos contribuyen a fijar los suelos y ofrecen pasto a los animales. Las investigaciones sobre el mijo, el maíz y las variedades de frijoles y arroz apropiadas a la mayor

parte de Africa no son suficientes. Debemos intentar, mediante la ingeniería genética, mejorar lo antes posible el contenido de proteínas y la calidad de los cultivos de tubérculos, especialmente la yuca, y probablemente el plátano también. Se necesitan con urgencia investigaciones sobre nutrición aplicada para establecer dietas muy nutritivas basadas en alimentos indígenas. También debe ser posible usar una cierta cantidad de leche desnatada en polvo. Actualmente hay un excedente mundial que probablemente aumentará mucho con el desarrollo de nuevos tratamientos hormonales para las vacas, las cuales doblarán su producción. La leche enriquecida es una excelente fuente de proteínas y calcio, de vitaminas A y D, de varias de las vitaminas B y de zinc. Si puede eludirse la tolerancia a la lactosa (lo que no plantea problemas en el caso de los niños pequeños), el uso de la leche desnatada permitiría dietas mucho mejores para los niños.

Evidentemente, es esencial que la población esté alfabetizada. La mayoría de los países africanos hacen hincapié en la educación primaria dentro de los límites de sus recursos económicos. Además, los agricultores necesitarán conocimientos empresariales y técnicos y deberán tener conciencia de la relación entre las prácticas agrícolas y la protección del medio.

En algunos países en desarrollo, las mujeres tienen a su cargo el 50 por ciento o más de la producción de alimentos. Es absolutamente esencial educarlas y hacerlas participar en todas las fases de la planificación y en las decisiones relacionadas con el sistema alimentario. Las mujeres son también las que vigilan la salud de sus familias y por ello es urgente darles una educación dietética, sobre todo a las madres de niños pequeños. La elevada tasa de mortalidad en edades inferiores a los cinco años podría reducirse

considerablemente si se rompiera el ciclo malnutrición-infección-malnutrición mediante una dieta apropiada durante estos años de crecimiento sumamente rápido. A medida que las mujeres comprendan lo que es una nutrición más adecuada, mejorará la salud de sus familias y, por lo tanto, la del país.

Permítanseme ahora algunas palabras sobre las perspectivas a largo plazo: los próximos 20 años aproximadamente. La actual Revolución Verde sigue siendo el único modo de aumentar los rendimientos de cereales. Actualmente dependemos por completo el uso masivo del petróleo y del agua, aunque se están desarrollando métodos de riego que requieren menos agua. Sin embargo, el elemento fundamental de un posible cambio es la investigación sobre la ingeniería genética de las plantas y los animales (incluidos los acuáticos) de los que se obtienen los alimentos en el medio tropical.

No necesito señalar a los Ministros de Agricultura que la ingeniería genética no es el gran peligro para el medio que proclaman algunos grupos de profanos. Sin embargo, ello no quiere decir que no deba procederse con cuidado en los proyectos de desarrollo de ingeniería genética, y que no deban ensayarse los resultados minuciosamente antes de difundirlos. Pero, propiamente usada, la ingeniería genética es un instrumento poderoso para promover la producción de alimentos, mejorando al mismo tiempo la calidad de los nutrientes, usando menos cantidades de muchos insumos y beneficiando al medio ecológico. El tabaco y la petunia se han descrito como los organismos de ensayo de la agricultura, del mismo modo que el Escherichi coli, el ratón blanco y la mosca de la fruta lo son para la medicina. En 1983, los científicos lograron transformar esas especies trasplantando material genético útil de una a otra. Desde entonces, varios laboratorios

han transformado más de una docena de hortali-
zas y cultivos comerciales. Se ha condi-
cionado ya a algunas plantas para hacer
frente a plagas de insectos, como orugas y
escarabajos, para resistir a muchos virus o
para establecer una relación compatible con
herbicidas "amistosos."

En los próximos siete años, como máximo, los
ingenieros genéticos habrán ensayado y pre-
parado para los agricultores muchos cultivos
importantes como maíz, soja, arroz, trigo,
colza para la producción de aceite, sorgo,
algodón y alfalfa, resistentes a hongos,
agentes patógenos, plagas y diversas formas
de estrés. Poco después, habrá también listos
cultivos tropicales, como mijo, yuca, ñame
y taro. Hay en curso experimentos para pro-
ducir cultivos que crezcan con más vigor y
ofrezcan mejores rendimientos con menos fer-
tilizantes y sin labrar la tierra, y que pue-
dan darse en suelos salinos o empobrecidos.

La latitud a la que pueden producirse cultivos alimentarios importantes se está ampliando. Basta imaginar los efectos de una nueva zona de 50 millas al norte para el cultivo de trigo en el Canadá o en la Unión Soviética. Asimismo, cabe pensar en la importancia que tendría una reducción de las necesidades de agua para el mijo en gran parte del Sur.

Se están proyectando alimentos con mayor valor nutricional y mejor gusto, que serán más fáciles de almacenar y de elaborar.

Es también muy importante que la ingeniería genética vegetal pueda aumentar la diversidad de las plantas, en vez de reducirla. Los cultivos resultantes son menos vulnerables que los monocultivos a las enfermedades y al estrés. En efecto, tales plantas proceden de semillas que llevan incorporada una gran tecnología y que no necesitan procesos agrícolas de gran tecnología.

Las plantas no son el único objeto de una ingeniería genética progresista y humanizada. En algún momento del futuro previsible, animales genéticamente mejorados nacerán, por así decirlo, ya vacunados. Serán resistentes a varias enfermedades infecciosas, virales, bacteriales y parasitarias comunes, como la fiebre aftosa, la tripanosomiasis y los nematodos intestinales. El ganado ovino y porcino producirá más proteínas y consumirá menos piensos. A medida que aumente el rendimiento de las plantas, se necesitará menos superficie. Con cada acre que ya no se necesite para aumentar la producción o para apacentar el ganado se reducirá la destrucción de pastizales y bosques tropicales, con lo que se contribuirá a proteger las reservas de agua, a impedir la erosión y a conservar el germoplasma, que es la fuente de toda la diversidad genética.

Naturalmente, no podemos esperar los cinco a 20 años que se necesitan antes de poder sembrar el primero de esos cultivos en gran escala. La situación es urgente. Debemos proseguir juntos la Revolución Verde, adaptando las técnicas siempre que sea posible.

En Africa, la producción per cápita de cereales llegó en 1967 a su máximo, precisamente al nivel de subsistencia, es decir, 180 kilogramos por persona y por año. Durante el decenio de 1960 la producción de alimentos había venido aumentando en un 2,5 por ciento al año, lo que apenas superaba el crecimiento demográfico. En el decenio de 1970 este crecimiento pasó de 2,4 a 2,8 por ciento anual. La producción de alimentos descendió abruptamente al 1,7 por ciento. Mientras que el hambre se redujo en otras regiones, el número de personas subalimentadas en Africa aumentó constantemente, de 92 millones en 1969 a 110 millones en 1980 y 140 millones

en 1985. Las importaciones de cereales se multiplicaron por nueve entre 1972 y 1983. En 1984 las importaciones de alimentos consumieron el 20 por ciento aproximadamente de todos los ingresos de exportación. El servicio de la deuda absorbió otro 22 por ciento. Si, como se prevé, la población aumenta a razón de un 3,3 por ciento anual durante el resto del siglo, la tasa de crecimiento de la producción agrícola tendrá que duplicarse, sólo para no quedar rezagada. En su reciente disertación en honor de Arturo Tanco, el General Olusegun Obasanjo citó un informe del Instituto Internacional de Agricultura Tropical: "En Africa, casi todos los problemas son más agudos que en otras partes. El suelo agrícola es más frágil y más sujeto a la erosión y la degradación. El riego cubre una proporción menor de la superficie cultivada, dejando a la agricultura expuesta a las vicisitudes de unas precipitaciones irregulares. La infraestructura, tanto física como

institucional, es más débil. La escasez de personal capacitado es más grave. La huida de la tierra es más precipitada..." Por mi parte, podría añadir que, en épocas normales, la migración desde el campo a la ciudad hace que la situación nutricional de los pobres sea más precaria. Por supuesto, ello tal vez no suceda en las situaciones de hambre. Si bien, durante la guerra civil de Nigeria vi tanta hambre en el campo como en las ciudades. El hambre y la malnutrición crónicas se deben a la falta de acceso a los alimentos más que a la falta de alimentos. La Quinta Encuesta Alimentaria Mundial indica que el hambre tiende a ser mayor entre la población urbana pobre desempleada que entre la población rural pobre. En las zonas rurales, las excepciones son los hogares sin tierras, y en particular los encabezados por mujeres.

El establecimiento de una agricultura más productiva y más viable y de una economía

que permita una dieta adecuada a todas las personas se ha comparado al Plan Marshall (como ustedes recordarán, ese Plan reactivó la agricultura y la economía europeas después de la segunda guerra mundial). En realidad, el proyecto es mucho más complejo y costoso, y llevará mucho más tiempo. Requiere la contribución de todos los miembros de la comunidad mundial, pues cada uno de ellos tiene una capacidad particular en una esfera u otra.

Por ejemplo, como acabamos de ver muy recientemente, el mundo no tiene un sistema de alerta plenamente efectivo para las situaciones incipientes de hambre. Actualmente están comenzando a integrarse los elementos de ese sistema. Necesitamos un seguimiento de las cosechas y los precios del mercado; una vigilancia meteorológica a corto y a largo plazo mediante satélites y aeronaves; informes directos sobre la situación sanitaria y nutricional de las poblaciones vulnerables, y más especialmente de los niños pequeños. Pero

los elementos no están todavía bien coordinados. No hay ningún mecanismo establecido que asegure una respuesta a tiempo, bien de la comunidad internacional o bien de los gobiernos nacionales. Si se quiere, no existe todavía el detonador que ponga en marcha la respuesta. No se mantienen sistemáticamente reservas, bien fuera de las zonas donde puede surgir el hambre, situadas de tal modo que permitan una entrega rápida, o bien dentro de los países vulnerables para ofrecer una ayuda inmediata hasta que llegue la ayuda exterior. Algunos elementos de ese sistema de alerta pueden también, cuando estén instalados, ofrecer datos y análisis para la planificación alimentaria y agrícola nacional y regional a largo plazo. Para que el sistema funcione, debe recibir aportaciones a todos los niveles, del local al internacional.

Otro ejemplo de necesidades infraestructurales en gran escala es una red efectiva de carreteras y de transportes en el continente. Africa (y en menor grado América Latina) no

tiene todavía un sistema de carreteras y ferrocarriles transcontinentales, que vayan de norte a sur, y sobre todo de este a oeste, para el transporte fácil de los alimentos en situaciones de hambre. Incluso con las dificultades que supone el trasladar los alimentos desde los puertos al interior, su importación es habitualmente más fácil que el transporte terrestre de una zona del continente a otra, o incluso de una región de un país a una zona con escasez de alimentos. La planificación de un sistema adecuado de carreteras y ferrocarriles debe hacerse con intervención de las regiones, los países, y quizás incluso las localidades afectadas. Pero de la financiación de la asistencia técnica deben encargarse países industriales concretos o la comunidad internacional. Lo mismo puede decirse de la planificación de los recursos hídricos.

En general, la asistencia a proyectos en gran escala para establecer la infraestructura que falta deberá proceder de los gobiernos. Las empresas privadas han de obtener un rendimiento bastante rápido de sus inversiones; las organizaciones privadas sin fines de lucro no tienen los recursos financieros necesarios. Las compañías deben participar en la segunda fase del desarrollo económico y de las actividades de investigación, por ejemplo sobre ingeniería genética. Las contribuciones de la red de investigación agrícola internacional; y más especialmente de los 13 centros del GCIAI, son absolutamente indispensables. Se ha dicho que esos centros, financiados por conducto del Grupo Consultivo sobre Investigación Agrícola Internacional, pueden muy bien ser una contribución más importante a la Revolución Verde que el aumento de las cosechas. Las universidades y otras organizaciones de investigación

tienen también un papel importante que desempeñar, tanto en la investigación como en su aplicación sobre el terreno. Las universidades están especialmente calificadas para capacitar personal científico para la investigación agrícola, veterinarios y acuicultores, profesores, técnicos, extensionistas, educadores en cuestiones de nutrición y personal de gestión. Además, la transferencia de tecnología intermedia gracias a la cooperación regional y sur-sur es particularmente útil.

La cuestión del crecimiento demográfico se suele considerar un problema que debe decidir la población de cada país, pero la comunidad mundial debe estar dispuesta a prestar cualquier tipo de asistencia que soliciten los gobiernos nacionales. Es evidente que incluso la ingeniería genética en la agricultura no puede seguir produciendo suficientes alimentos si la población mundial

aumenta indefinidamente. No hay duda de que una baja rápida de la tasa de crecimiento demográfico en muchos países influiría favorablemente en la ecuación población: alimentos. Pero conviene recordar que América del Norte y Europa occidental, donde el aumento de la población se produjo antes que en otras partes del mundo, son también las primeras regiones que eliminaron el hambre, salvo en tiempo de guerra. Puede suceder que lleguen a faltarnos viviendas, escuelas, servicios sanitarios y espacio de recreo, e incluso aire respirable, antes que alimentos. Todos los nacidos deben tener la oportunidad de una vida satisfactoria y larga. El mundo puede ofrecérsela, además de una dieta suficiente, siempre que estabilicemos la población o, lo que sería incluso mejor, la reduzcamos mediante el control de la natalidad.

Se puede prestar todo tipo de asistencia, desde la relativa a la infraestructura o la agricultura, pasando por la destinada al logro de una industrialización inicial o el control de la natalidad, hasta la facilitada en los sectores de la salud y la educación, por medio de acuerdos bilaterales entre los países ricos o desarrollados y las naciones pobres. Sin embargo existe el riesgo de que esos acuerdos creen situaciones de dependencia permanente. Cuando sea posible parece que es más coherente con los principios de la justicia universal y del mantenimiento de la dignidad nacional, y, cuando las organizaciones internacionales funcionan debidamente, con la eficacia, que la ayuda se preste a través de canales multilaterales. A juicio de muchos observadores partidarios de las organizaciones multinacionales, las actividades de éstas han comportado un alto grado de imparcialidad y eficacia. Algunas de ellas, como el UNICEF, han recibido, y

con razón, aplauso universal - inclusive el Premio Nóbel de la Paz. En el otro extremo, todo el mundo conoce las tribulaciones de la Unesco. La creación misma de la FAO como organización internacional se debió a que los problemas de los excedentes de productos agrícolas, y también de la escasez de éstos rebasan las fronteras nacionales. Por ello se confrontan mejor mediante una acción internacional. Desde el punto de vista de los trabajos prácticos sobre el terreno, también resulta ventajoso para la FAO el hecho de que gran parte de la experiencia adquirida en los países pobres - de las zonas tropicales o áridas - puede transferirse a otras zonas con condiciones geológicas y climáticas análogas. Por último, la experiencia de varias crisis ha demostrado que, para ser eficaz, la defensa de los precios agrícolas al productor tiene que basarse en acuerdos internacionales multilaterales. Si cuenta con un presupuesto

de suficiente magnitud, y con la posibilidad de poder elegir a sus especialistas a partir de criterios de competencia y no políticos, la FAO podrá seguir colmando las esperanzas de sus fundadores, y de toda la generación que, desde la segunda guerra mundial, hemos creído en las organizaciones mundiales. Sin embargo, hay un requisito que es preciso subrayar. He hablado del suministro de suficientes medios a la FAO. Esto requerirá un empeño internacional para lograr un objetivo común, empeño que no se ha manifestado desde la segunda guerra mundial, una dedicación de recursos intelectuales, humanos y económicos a rehabilitar la vida de un continente. Los recursos intelectuales y humanos se están movilizand, pero los recursos económicos del mundo se dedican a la causa de la muerte. La carrera de armamentos consume cerca de 2 000 millones de dólares diarios en los Estados Unidos y la Unión Soviética. Ello hace que sufran nuestras economías,

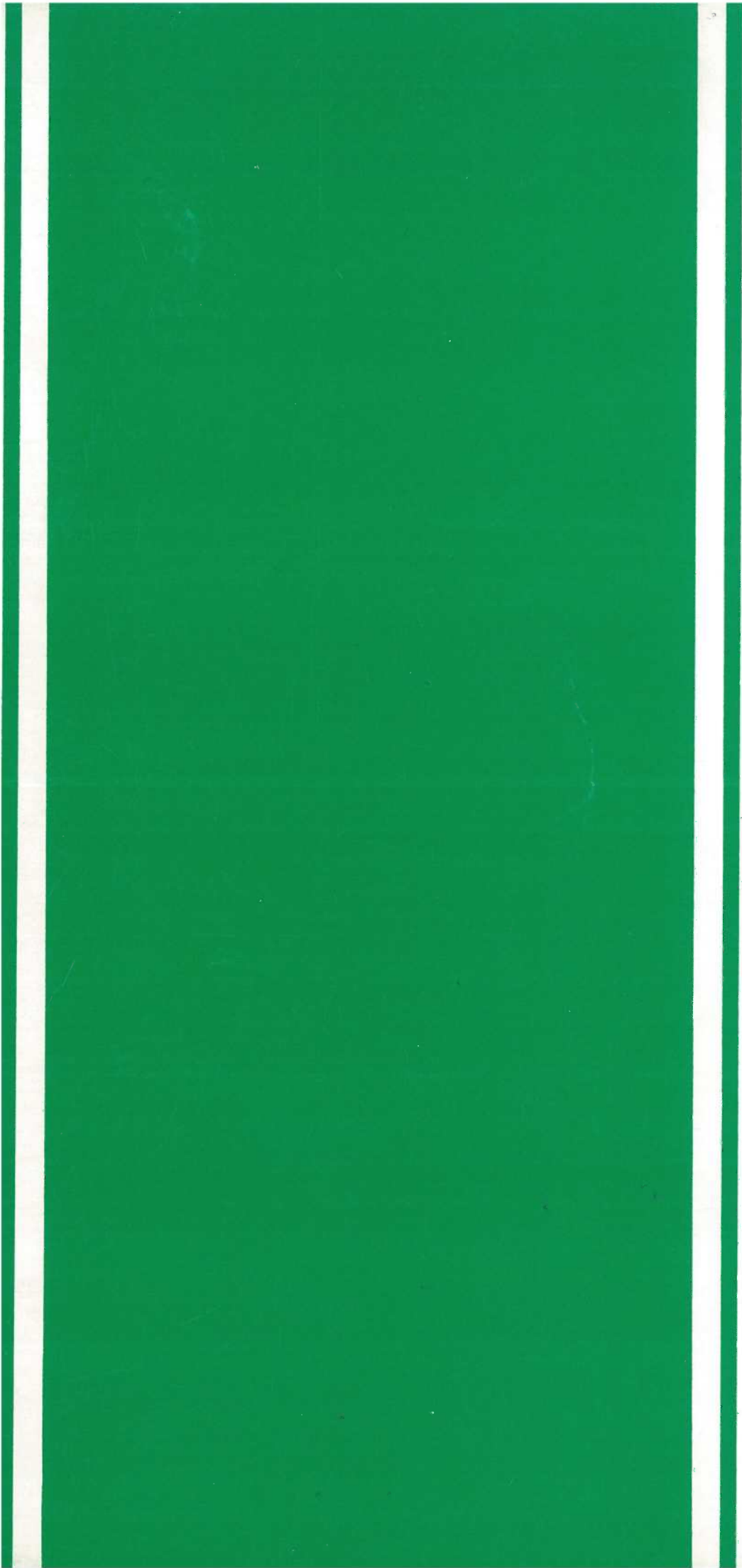
nuestros programas internos y nuestra población: la tasa de mortalidad infantil en los Estados Unidos es la 18^a en el mundo. La de la Unión Soviética es la 46^a. Pero las dos mayores potencias no son las únicas que tienen esa distorsión en sus prioridades. Los países desarrollados dedican como promedio el 5,4 por ciento de su PNB a fines militares y el 0,3 por ciento a la ayuda al desarrollo. La ayuda no militar de los Estados Unidos a Africa equivale a cinco horas del presupuesto anual para armas.

En total, el mundo gasta aproximadamente un billón de dólares al año en "defensa". Entre 1975 y 1985, las importaciones de armas de los países en desarrollo representaron el 40 por ciento del aumento de su deuda externa. Desde 1960, mientras el desempleo se multiplicó por ocho en esos países, los gastos militares se multiplicaron por seis, en dólares constantes. De hecho, desde 1960 los gastos militares en todo el mundo, con una cifra de 14 billones de

dólares, han absorbido con creces el aumento de más de nueve mil millones del PNB, dejando en la práctica una economía civil más pobre de la que existía en 1960. Sin embargo, los gastos militares no contribuyen a ampliar la base económica. La producción militar tiene gran densidad de capital y crea menos puestos de trabajo que una cantidad equivalente dedicada a escuelas, programas sanitarios, etc. en el sector privado. La fuerza de trabajo capacitada en la producción militar tiene un uso limitado en el sector civil de los países industrializados y es casi totalmente inútil para las necesidades internas de los países en desarrollo. Todo ello sucede cuando la Organización Internacional del Trabajo estima el número actual de personas desempleadas en el mundo en 90 millones. Otros 300 millones están subempleados. Para el año 2000, deberán crearse 600 millones de nuevos empleos, el 90 por ciento en países en desarrollo, para absorber el

aumento de la fuerza de trabajo. Prescindiendo del empeoramiento de la situación en los países industrializados, se estima que sólo en el mundo en desarrollo mil millones de personas - una de cada cinco - viven bajo el nivel de pobreza, cien millones carecen de vivienda y mil millones no tienen un alojamiento adecuado. Todos los años se gasta en armamentos cuatro veces lo que se dedica a asistencia sanitaria. La Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación ha destruido recientemente una plaga de langostas en Africa con un costo inferior al de media hora de gastos militares en todo el mundo. Por cierto, Africa, que en 1960 era un continente esencialmente desarmado, esté acumulando armas y ejércitos a expensas del desarrollo.

Sólo 12 países tienen, o se cree que tienen, la capacidad para producir las armas nucleares que podrían destruir toda la vida. Pero cualquier país, cuyas importaciones militares consumen una parte importante de su PNB o cuyas exportaciones militares representen una contribución importante a su balanza comercial, contribuye a la destrucción lenta de su población y a la devastación lenta de su medio ambiente. Debemos encontrar un medio para romper este círculo demencial de gastos. Si pueden suprimirse las armas nucleares y reducirse y controlarse las convencionales, los fondos y la tecnología pueden reorientarse hacia usos pacíficos y humanitarios. La prioridad máxima debe ser alimentar a todo el mundo.



W/Z2640/S